

La historia subterránea y pantanosa de Berlín

Coinciden en librerías sendos libros de **Kirsty Bell** y **Sinclair McKay** que reconstruyen mediante anécdotas, testimonios y crónicas la turbulenta historia del Berlín del siglo XX



por **ALBERTO GORDO** En Berlín abundan las aguas semiestancadas. El

Spree, un río lento y caudaloso que hoy muere ya en la ciudad, alimenta canales que apenas discurren. Son los famosos canales de Berlín. En 2003 se informó incluso de que, a la altura de Köpenick, al este de la capital, el Spree estaba fluyendo hacia atrás. Según Karl Scheffler, a diferencia de los ríos de las grandes capitales europeas, el Spree «no conecta, no separa; no es más que un curso de agua en el que nadie piensa demasiado». Scheffler escribió en 1910 algo que cualquier turista en Berlín habrá notado, y que, desde entonces, por la brutalidad con que la historia ha intervenido siempre en la ciudad, no ha hecho más que agravarse: Berlín, dijo, «está condenada a convertirse siempre, a no ser nunca». 20 años después, Joseph Roth afirmó algo en ese sentido: «Berlín es una joven e infeliz ciudad en estado de espera».

Cuando la ciudad estaba partida, el Spree fue también una tumba. El Muro de Berlín discurría por la orilla norte del río, que pertenecía, salvo un tramo a la altura del Tiergarten y del Reichstag, a Berlín oriental. Entre 1966 y 1975, cinco niños se ahogaron en este río en distintos sucesos, cerca del característico

Oberbaumbrücke, un puente que hacía de frontera entre el Este y el Oeste. Los niños murieron a la vista de los agentes fronterizos de la RDA, que no socorrieron a los que habían caído en el lado occidental; los adultos que estaban en ese lado tampoco se tiraron a por ellos por miedo a que les dispararan.

Berlín se levanta sobre tierras pantanosas. En la Edad del Hielo, tras la desaparición del valle glacial sobre el que la ciudad surgiría muchos años después, quedó un paisaje arenoso y movido cubierto de lagos en los que hoy se bañan sus habitantes y los turistas. Las aguas subterráneas, unidas a los fuertes vientos que sacuden la ciudad, hacen que la capital alemana, de acuerdo con el feng shui, sea difícilmente habitable. Este es uno de los delicados afluentes por los que la crítica de arte británicoamericana Kirsty Bell (1971) se deja llevar en *Corrientes subterráneas*. Una historia de Berlín (Errata Naturae). Bell, que lleva desde 2001 viviendo en Alemania, deja que la curiosidad la arrastre y avanza sin prejuicios: las sugerencias puramente esotéricas se mezclan muy libremente con la investigación minuciosa en textos, archivos y películas.

Desde la ventana de su casa, a orillas del Landwehrkanal en el



KIRSTY BELL
CORRIENTES SUBTERRÁNEAS
Traducción de Elena Pérez.
Errata Naturae.
328 páginas. 22 €



SINCLAIR MCKAY
BERLÍN
Traducción de Victoria Gordo.
Taurus. 504 páginas. 25,90 €
Ebook: 12,99 €

que en junio de 1919 apareció flotando el cadáver hinchado de Rosa Luxemburg, Bell observa las sucesivas destrucciones de la ciudad. El aficionado a Berlín reconocerá referencias, de Isherwood a Walter Benjamin, pasando por Franz Hessel, Christa Wolf, Fassbinder o la excepcional Gabriele Tergit –de quien se han publicado aquí *Los Effinger* (Libros del Asteroide) y *Käsebier conquista Berlín* (Minúscula), pero cuyas memorias, excelentes y clarificadoras, siguen inéditas en español–. También comparece la autora anónima de *Una mujer en Berlín*, las estremecedoras «memorias del subsuelo», como las llamó Enzensberger, escritas en un refugio antiaéreo, sobre la ciudad destruida y a merced del pavoroso Ejército Rojo.

Cadáveres bajo el agua. Bell nos obliga a detenernos en ciertos lugares de una ciudad en conversión perpetua que ha generado infinitos debates urbanísticos. Tiene la habilidad de localizar lo simbólico, lo significativo, como esa Neue Nationalgalerie, el único edificio que Mies Van de Rohe (que abandonó su país en 1937) diseñó en la Alemania de posguerra, en el mismo lugar en que se colocó la primera piedra de la Germania de Albert Speer. Y, por último, la autora desciende también



NOCHE DE LA
CAÍDA DEL
MURO, EL 9 DE
NOVIEMBRE DE
1989. ARCHIVO

a ciertos debates actuales, como el que ha rodeado la reconstrucción del antiguo Palacio Real, convertido en el Foro Humboldt, según Bell (que no está ni mucho menos sola en esto), «una representación errada del pasado y una mala lectura del presente».

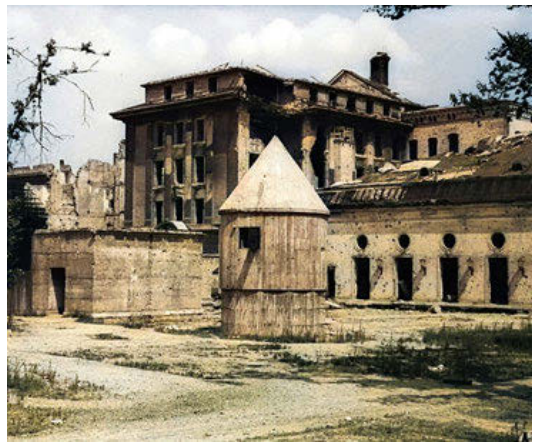
Corrientes subterráneas, en fin, como tantos libros actuales de no ficción, surge de una experiencia privada: un día, en el suelo de la cocina de la autora, aparece un gran charco de agua cristalina que ella interpreta como «una señal de quiebra inequívoca». Poco después su marido se marcha de casa y ella se queda en el apartamento con sus dos hijos. Pero lo privado cobra verdadero interés cuando ilumina la historia de una ciudad con demasiada historia.

Asomada a su ventana, la escritora ve las simbólicas ruinas de la Anhalter Bahnhof, desde donde se deportó a miles de judíos berlineses. Y, al investigar a los antiguos habitantes de su bloque, da con la sugerente historia de los Sala, una familia de impresores de alta gama que colaboró con los nazis, uno de cuyos miembros, Melitta, será protagonista insospechada de su libro.

Durante las últimas batallas callejeras en la primavera de 1945, uno de los túneles de este mismo canal que Bell observa durante

horas se inundó a propósito. Horas después, aparecieron flotando miles de cadáveres: eran civiles que se protegían bajo tierra de las balas y las bombas. «Del Landwehrkanal emana un hedor tan insoportable que todo el que pasa tiene que taparse la nariz con un pañuelo», diría un testigo al cabo de un mes. La autora examina también las particularidades urbanísticas de la ciudad, como los *Mietskasernen*, las viviendas obreras de alquiler que escondían una realidad insalubre, o los *Plattenbauten*, esos edificios prefabricados tan característicos de la Alemania socialista.

Un espíritu especial. La ciudad subterránea, en este caso la de los búnkeres, tiene también su protagonismo en *Berlín*, de Sinclair McKay (Londres, 1967), un vasto fresco centrado en la cruenta primera mitad del siglo XX. McKay arranca su historia en el durísimo invierno de 1918-1919, cuando comunistas y *Freikorps* se acuchillaban en plena calle. Y parte de la repetida premisa de Berlín como «centro del mundo», una ciudad dinámica, indomable, que, pese a ser emblema de dos cruentas dictaduras, habría mantenido siempre un sustrato de libertad entre sus gentes (manifestado en el *berliner schnauze*, ese



CONSTRUCCIÓN
DE LOS
PLATTENBAUTE
DEL DISTRITO DE
LICHTENBERG,
1965. LEON
SCHMIDTKE

ENTRADA
TRASERA DEL
FÜHRERBUNKER,
EN EL JARDÍN DE
LA CANCELLERÍA
DEL REICH, EN
1947, MESES
ANTES DE SU
DESTRUCCIÓN.
BUNDESARCHIV

CARTEL FRENTE
AL RÍO SPREE,
FRONTERA ENTRE
AMBOS BERLINES,
QUE ADVIERTE DE
"PELIGRO DE
MUERTE". GÜNTHER
SCHAEFER

humor socarrón, a veces grosero, tan propio de sus habitantes). Como todos los tópicos, este encierra su verdad, y McKay indaga en ella con la característica solvencia de los historiadores británicos. Berlín, centro cultural de la república de Weimar, representaba para los nazis una modernidad cosmopolita y degenerada. Un «monstruo asfaltado por los judíos», dijo Goebbels en 1926. Como anotó Victor Klemperer en sus diarios, Goebbels no se reconcilió con la ciudad hasta 1944, cuando le tocó ensalzar la «férrea voluntad» y el «indestructible ritmo de vida» de una población exhausta. Pero para entonces Berlín estaba a punto de desaparecer. Aunque fuera para **L** levantarse de nuevo.